

dos con la púrpura, cetro, guardias y oráculos divinos, y que con su grandeza y magestad espantaban y sugetaban al vulgo; tambien querian hablar por reglas de retórica, y abogaban en el foro, usando de la facundia y razones que sublimaban á los hombres. al sumo grado de reputacion. Pedian á Jupiter el consejo, á Minerva el entendimiento, y á Caliope la eloqüencia.

CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO.

EL que pretenda á un tiempo enseñar, mover, y deleytar, que es oficio del orador ¿qué conocimiento no es menester que tenga del corazon humano, de su propio idioma, y del espíritu del siglo en que vive? ¿qué gusto, para presentar sus conceptos en un semblante agradable? qué estudio, para ordenarlos del modo que hagan la mas viva impresion en el ánimo de los oyentes? qué discernimiento para distinguir las circunstancias que deben tratarse con alguna extension de las que, para ser sentidas, bástales solo ser manifestadas? qué arte, en fin, para hermanar siempre la variedad con el orden y la claridad.

El hombre eloqüente huye de la aridez del estilo didáctico, por que no basta que sea magnífico, alto, y sólido un pensamiento, sino es felizmente expresado. La hermosura del estilo solo consiste en la claridad y colorido de la frase, y en el arte de exponer las ideas. Asi, pues, hay gran diferencia entre el escritor eloqüente y el escritor elegante. El primero se anuncia con una elocucion animada y persuasiva, formada de expresiones valientes, enérgi-

cas, y brillantes, sin dexar de ser ajustadas y naturales. El segundo declara su pensamiento con nobles y galanas frases, formadas de expresiones cultas, flúidas, y gratas al oido.

El escritor eloqüente, como sea su fin mover y persuadir, se sirve en el discurso de lo vehemente y sublime, dedicandose sobre todo á la fuerza de los términos, á la grandeza de las imágenes, y al órden de las ideas. Y el elegante, como aspira á deleytar, solo busca la gracia de la elocucion, esto es, la hermosura de las palabras, y la harmónica coordinacion de la sentencia.

Puede un escritor ser disertor, es decir, puede hacer un discurso fácil, puro, claro, elegante, y aun espléndido, y con todo no ser eloqüente, por faltarle el calor y la energia. El discurso eloqüente, es vivo, animado, vehemente, y patético, quiero decir, hiere, eleva, arrebatá, domina y suspende el ánimo. Asi que, suponiendo en un hombre facundo nervio en la expresion, elevacion en los pensamientos, y calor en los afectos, basta para hacer un escritor eloqüente.

El arte oratoria, como observa un autor de mucho ingenio, consiste, mas que en otra cosa, en un estudio reflexivo de los mejores modelos, y en un continuo exercicio de componer y de comparar sus débiles ensayos con la perfeccion de los originales: exercicio, que hace fructificar

el trabaxo mas que una ostentacion de reglas, la mayor parte arbitrarias.

Dos cosas parece que concurren para formar un orador, la *razon* y el *corazon*, aquella para convencer, y este para mover y persuadir. Sobre estas dos disposiciones naturales se afianza la verdadera eloqüencia, como el arbol en sus rayces.

Sin embargo, los buenos oradores son muy pocos, por que son tambien muy raros los hombres dotados de aquella penetracion, extension, y exquisito juicio, necesarias para discernir lo verdadero, y hacerlo evidente; por que, en fin, son muy raras aquellas almas delicadas que sientan interiormente la impresion de los obgetos de sus meditaciones, y que puedan traspasar al corazon del oyente las afecciones de que están poseidas.

Del modo de ver las cosas, depende en gran parte la fuerza ó debilidad en sentir las, y por consiguiente en expresar las. Las ideas adquiridas por una sosegada y tibia reflexion en el retiro de un estudio, son menos vivas y acaloradas que las que nacen de la vista y contemplacion de este teatro del mundo. Seria, pues, un prodigio hallar á un ciego de nacimiento, eloqüente.

Supuesto el nativo talento de que hablamos, acompañado de la luz de la experiencia que presta la humana sociedad, y de la elevacion y

nobleza de los sentimientos morales, importa mucho al orador elegir siempre asuntos dignos. Por esto vemos que algunos, quando el asunto es vago y general, recurren á lugares comunes; hablan mucho, y nada dicen. A otros vemos que, quando es árido y estéril, se exhalan apurando menudencias: y á otros que, quando es débil y frívolo, se vén forzados á cubrirle su desnudéz con el adorno de florecillas, que se marchitan en sus mismas manos. En suma, el carácter y autoridad de la eloqüencia no se acomoda sino á obgetos grandes, ilustres, é interesantes á los hombres; y desprecia siempre la insípida loquacidad, y la pompa vana de las palabras.

Los obgetos grandes prestan eloqüencia á los ingenios sublimes; pues vemos que Descartes y Newton, que no fueron oradores, son eloqüentes quando hablan de Dios, del tiempo, del espacio, y del universo. En efecto, todo lo que nos eleva el espíritu, ó nos engrandece el ánimo, es materia propia para la eloqüencia, por aquel placer que sentimos de vernos grandes. También, y por la misma causa, todo lo que nos anonada ante los ojos de nuestra consideracion, es obgeto digno de la gravedad oratoria: pues ¿qué cosa mas capáz para levantar nuestro espíritu humillandole, que el contraste de nuestra pequeñez con la inmensidad de la naturaleza criada?

La verdadera eloqüencia necesita del auxilio de muchas ciencias y artes liberales. Cuenta ante todas la *gramática*, que tiene mas obra que ostentacion, y es fundamento del arte de bien decir, pues sin ella seríamos siempre niños. De la *lógica* saca el método y fuerza del raciocinio: de la *geometria*, el orden y enlace de las verdades: de la *historia*, el exemplo y autoridad de los insignes varones: de la *jurisprudencia*, los oráculos de las leyes: de la *filosofía moral*, el conocimiento del corazon del hombre, y de sus pasiones; y de la *poesia* el colorido de las imágenes, y el embeleso de la harmonía.

Todas concurren á formar, ó mas bien, á vestir al orador exterior: mas la eloqüencia sin la filosofía moral es vanidad pura; y asi anduvieron estas dos ciencias compañeras en algun tiempo, y los mismos que enseñaban á orar, eran maestros de buenas costumbres. Las enseñanzas y facultades, que llaman artes liberales, pueden aprender los jóvenes de corrida, como para tomar el sabor y tintura de ellas, por que es imposible, y corta la edad, para ser perfecto en todas. Mas en la filosofía se deben detener, y tenerla por principal ciencia: por que asi como es gran placer y cosa curiosa al que navega pasar á la vista de muchas ciudades é islas; asi tambien es muy útil y provechoso quedarse á morar en la mejor de ellas. Por estos muy graciosamente decia Bion el filósofo;

que, así como los enamorados de Penélope, no pudiendo juntarse con ella, tenían parte en sus siervas y criadas; así los que no pueden alcanzar la filosofía, se deshacen y consumen en las otras ciencias que no son de ningún valor. Por lo qual conviene tener por cabeza de todas la filosofía.

Para la cura de las dolencias del cuerpo hallaron los hombres la medicina y el ejercicio, por que aquella dá la sanidad, y este, la buena disposición. Pero, de las pasiones y dolencias del ánimo sola la filosofía es la medicina, por que con esta, y por esta, se puede conocer qual es lo bueno y lo malo, qual lo justo y lo injusto, qué es lo que debemos elegir, y lo que debemos huir. Este tino, que aprendemos con la filosofía, respecto de nuestras acciones, sirve para componer nuestras razones, escoger las palabras y las figuras, y dirigirlas con discrecion y acierto á los oyentes, para encender ó templar sus ánimos.

DE LA SABIDURIA.

A muchos escritores, por otra parte facundos, les falta cierto caudal de sabiduria, sin cuyo socorro, ó nada se piensa, ó se piensa erradamente.

Otros, solo aspiran á decir lindezas; sin advertir que lo esencial para hablar bien consiste en decir cosas buenas, porque no basta hablar como orador para llamarse uno elocuente, si no piensa como filósofo. No le basta formarse por el dechado de grandes oradores, si carece de aquella luz de sabiduria, necesaria para no desviarse de la senda de la razon, distinguir la verdad de su sombra, y exponerla con dignidad y firmeza.

Mucho desdoran el lustre y autoridad de la eloquencia algunos discursos, tan vacios de ideas, como de sentido y razon: los unos, textidos de paralogismos brillantes, que emboban á la muchedumbre y hacen reir al sábio; los otros, vestidos de pensamientos triviales, de expresiones estudiadas, sacadas de lugares comunes, gastados ya del continuo uso.

La sabiduria, así como es fundamento de todas las otras cosas, lo es también de la eloquencia. Y pasa poseer la gracia de la elocucion, y la alteza de las ideas, es menester juntar, como juntó Platon, el arte de decir y el de pensar elegante y sublime. No es muy comun esta union, acaso por ser tan necesaria. El mismo Horacio la reconoció por tal quando señala la sabiduria como principio y fuente de escribir bien. El mismo Platon en su Gorgias dice: que el orador ha de poseer la ciencia de los filósofos: Aristóteles despues nos enseña en

su retórica que la verdadera filosofía es la secreta guía en todas las artes: y el padre de la oratoria romana ¿no llama á la eloqüencia *copiosé loquens sapientia*? Y para no citar siempre autores profanos, en el Eclesiástico se lee hablando del varon justo: “ Si el gran Dios y Señor quisiera, henchirlo há de espíritu de sabiduría; y así lleno de este espíritu, derramará como lluvia las palabras de la sabiduría.”

¿Qué será, pues, aquel *sapere* de Horacio? No es ciertamente el saber como erudición, ni como ciencia de la escuela, sino la sabiduría; aquella sal con que se condimenta la oración; aquel punto de sazón que se debe dar al manjar del espíritu; aquel discernimiento para escoger lo mejor; aquel término y modo de decir y escribir correcto, puro, claro, decoroso y natural; aquella templanza en los conceptos y en sus galas; aquella economía en los ornatos; aquella propiedad y proporción en las imágenes; aquella oportunidad y justa medida en las alusiones, símiles y comparaciones; aquella severidad y verdad en las sentencias; aquella igualdad en los términos y curso de la oración, hija del recto sentido y liberal raciocinio que se llama filosofía, y es como antorcha que guía los pasos del escritor que aspira á la eloqüencia.

El ingenio y la imaginación, por fecundos que sean, no alcanzan solos á este punto de per-

fección; solo la razón lo alcanza, mas ayudada del saber, que no nace con el hombre, antes se forma con la meditación, con la escogida lectura, y con un continuo ejercicio de ver, de comparar, y de componer. Entonces se adquiere aquella discreción, aquel tino y acierto en la elección de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones, y en el movimiento de los afectos. Entonces preside en todas nuestras composiciones aquel recto sentido con que discernimos no solo lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo vacío, lo profundo de lo superficial, sino lo llano de lo humilde, lo natural de lo plebeyo, &c.

Este pulso filosófico que á las plumas de Salustio, Tácito y Lucano, dió tan recio temple, se forma de la sublimidad de las ideas, de la profundidad de los afectos, y de la independencia del juicio y opinión común de los hombres. Pero esta filosofía tiene por cimientos, ya una fuerza de razón para profundizar hasta los principios de las cosas, y levantarse á los conocimientos mas perfectos de que el hombre es capaz; ya una sabiduría de razón, que conteniéndola en los límites señalados al entendimiento, la libra de los errores en que hacen deslizar al hombre la vanidad y el deseo fatal de singularizarse.

Un orador, dotado de este pulso filosófico,

ahondando las verdades mas comunes, sabe sacar de ellas nueva sustancia; y mezclandola con sus propios pensamientos, produce nuevas verdades, como el diestro químico, que descubre nuevos seres de las sustancias mas conocidas.

DE LA IMAGINACION.

La mayor parte de los que hasta hoy han tratado de la *imaginacion*, han estrechado ó extendido demasiado la significacion verdadera de esta palabra; cuya ajustada definicion se ha de tomar en su etimologia latina, *imago*, imagen.

La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion nueva de imágenes, y en la correspondencia ó conformidad exácta de ellas con la afeccion que queremos excitar en los otros.

Si ésta ha de ser el terror, entonces la imaginacion cria los esfinges, anima las Furias, hace bramar la tierra en sus volcanes y vomitar fuego á las nubes; si la admiracion ó el embeleso, cria de repente el jardin de las Hespéridas, la isla encantada de Armida, y el palacio de Atlante. Asi, pues, podremos decir muy bien que la imaginacion es la invencion en materia de imágenes, asi como en materia de ideas el ingenio.

De estas observaciones se sigue ser la imaginacion aquel poder que todo hombre tiene de representarse en su mente las cosas visibles y materiales. Esta facultad intelectual ó intuitiva, depende originalmente de la memoria, pues hemos visto antes los hombres, los animales, los montes, los valles, los rios, los mares, los cielos, y sus fenómenos. Estas percepciones entran por los sentidos exteriores, la memoria las retiene, y la imaginacion las compone; por esto los griegos llamaron á las Musas hijas de la *Memoria*.

La memoria, cargada de hechos, imágenes y representaciones diferentes, y exercitada de continuo, engendra la imaginacion, la qual, segun se observa, nunca es tan viva como desde los treinta hasta los cincuenta años, quando las fibras del cerebro han adquirido toda su consistencia, para dar vigor á las verdades ó errores, que abrazó el entendimiento. Concurren tambien otras causas físicas á fortificar la imaginacion: los libros la excitan; la pintura y la música la encienden; la vista del teatro del mundo la engrandece; y el clima y suelo nativo la exáltan. A la verdad, alguna diferencia ha de haber entre las eternas nieves de la Lapónia, y el benigno cielo de las fortunadas márgenes del Betis.

No podemos negar que en la antigüedad la imaginacion tuvo una suprema influencia en los

escritores, quienes, nacidos y criados debaxo de un cielo ardiente y sereno, hablaban lénguas muy favorables á la harmonia; y tenian ademas una física animada, y una mitología que era á sus ojos una galeria de pinturas. Su mundo metafísico estaba poblado de entes corpóreos, sus filósofos eran poetas, su religion daba vida, alma y movimiento á lo mas inerte y bruto de la naturaleza. Y en su meteorología se pintaron con tan apacibles imágenes los fenómenos terribles, que llegaron á llamar risa de Vesta y Vulcano á los relámpagos y truenos. Desde entonces rien los prados, y llora el alba regalando esmeraldas y perlas á la poesia.

Es cosa muy natural al hombre el formarse en su fantasia especies de todo lo que ha visto, y de los fenómenos que han asombrado á su ignorancia; y aquel que se ha labrado y pulido en los preceptos del arte, nunca es mas eficaz ni eloqüente que quando reduce á imágenes sus conceptos mas abstractos. Y este lenguaje *natural* nos es tan familiar que diariamente le usamos en todos los acontecimientos de la vida comun. Este es el del amante enloquecido, de la amada zelosa, de la viuda desconsolada, de la madre que ha perdido su hijo, y traspasa con su lamento el corazón de los vecinos.

Sin embargo, los antiguos no agotaron todos los manantiales de la imaginacion, de donde mucho pueden sacar los modernos, pues en to-

dos los escritores de sobresaliente eloqüencia brotan, digamoslo asi, pensamientos y figuras nuevas, animadas con vivas imágenes. Y esto no es de admirar, por que se pueden dar tantas y tan diversas formas á las pinturas de la naturaleza como á los caractéres de la imprenta: verdad, que dimana de que cada hombre ha de pintar los obgetos segun los vé, y conforme la impresion que le causan.

La imaginacion, siempre que no se abuse de su calor, ni de sus colores, es necesaria al escritor que ha de hablar al sentido, y al orador quando ha de conmover los ánimos: por que la razon á solas con la naturaleza, dexa tibia y como apagada el alma del oyente. Sin embargo, el orador no puede dexarse poseer de la imaginacion como el poeta, cuyo exceso en esta parte es solo disculpable en una composicion escrita con calor y vehemencia.

Quando el orador ha de presentar una descripcion ó pintura para infundir terror, puede acudir á la imaginacion, que le servirá los retratos mas grandiosos, aunque sean los menos correctos, como los mas poderosos para causar una grande impresion. Entonces, por exemplo, preferirá las erupciones de fuego humo y ceniza del Mongibelo á la quieta y pura luz de las lámparas del sepulcro. Si se trata de expresar un hecho sencillo con una imagen brillante, de representar, supongamos, la discor-

dia levantada entre los ciudadanos; la imaginacion pinta la paz que sale llorosa de la ciudad tapandose los ojos con la oliva que ciñe su frente.

Y ¿quien puede dudar que es alguna vez la imaginacion, no menos necesaria que la razon, al hombre que ha de persuadir á los otros? Es claro que en un discurso, no solo es menester decir verdad para satisfacer al entendimiento; sino tambien vestirla de imágenes, para hacerla espléndida y agradable á la imaginacion. Si tuviesemos por oyentes puras inteligencias, ú hombres mas racionales que materiales, bastaria exponerles sencillamente la verdad; y entonces el orador ¿en que se distinguiria del geómetra? Pero, como en la mayor parte de los discursos se habla á hombres que cierran sus oidos á lo que no pueden imaginar, que no comprenden lo que no sienten, y que no se dexan persuadir sino de lo que les conmueve y arrebatá; por esto es en algun modo necesario que el que habla se valga del auxilio de las imágenes, las quales, poniendo como ante los ojos las cosas, sostienen agradablemente la atencion, y suspenden el ánimo.

La imaginacion activa que forma los poetas, es hija del entusiasmo, el qual, segun la significacion de esta voz griega, es una mocion interna que, agitando el entendimiento, transforma el autor en la persona que hace hablar.

Entonces el autor dice precisamente las mismas cosas que aquella diria en la situacion en que se la representa. Pero la imaginacion fogosa, si no la refrena y temple la discrecion y el buen gusto, de que hablaremos despues, amontona figuras fantásticas é incoherentes, como la de aquel que en cierto drama pone en boca de una princesa desesperada esta afectada amenaza: *el vapor de mi sangre subirá á encender el rayo que los dioses tienen fraguado para convertirme en polvo.* ¿Quien ignora que el verdadero dolor no se explica con metáforas tan violentas y desvariadas? Y si la imaginacion es mas permitida á la poesia que a la prosa, es porque la locucion del orador debe apartarse menos del lenguaje comun y conocido, aunque le aventaje en la gracia y nobleza del estilo. Asi, pues, las imágenes, que son lo esencial en la poesia, vienen á ser lo accesorio en la oratoria.

En la Eloquencia, como en todas las artes amenas, la espléndida imaginacion es siempre natural, la falsa acumula cosas incompatibles, y la fantástica pinta obgetos que no guardan analogía, ni verosimilitud. La imaginacion fuerte profundiza los asuntos; la debil los toca superficialmente; la florida se pasea sobre pinturas agradables; la ardiente abrasa quanto habia de alumbrar; y la moderada emplea con discrecion todos los diferentes caractéres, ad-

mitiendo rara vez lo extraordinario, y nunca lo increíble.

Todas las imágenes son vivísimas, é interesantes, quando se toman de obgetos magníficos, ó admirables, y aun más de los que están en accion y movimiento. Estos rasgos pintorescos, quando son obra de un grande ingenio, imprimen asombro á las personas de todos los siglos y payses: tal es en Homero la alegoría de la cadena de oro con que Jupiter atrahe los hombres: tal el combate de los Titanes en Hesiodo: tal el razonamiento patético del Océano personificado por Camoens en su Lusíada.

Es tanto el poder de la imaginacion, que quando el escritor sabe usar de la fuerza y gracia del colorido, pueden sus palabras solas guiar la mano de un pintor para dibujar lo que describen. Entonces, en los casos terribles es sublime; en los lastimosos tierno; y en los curiosos ameno. Y aun quando no sienta las cosas que dice con toda la intension que corresponde al asunto; puede pintar con subidos colores todo lo que siente y lo que no siente, socorrido de su sola imaginacion, quando es rica y fecunda, para hablar á los sentidos. El primor de la mano distingue los artífices. Hay alguno, que en un retrato pinta aun mas de lo que perciben los ojos, por que sabe dar á entender á los ojos aun mas de lo que explica el

pincél; y siendo ingenioso el arte, es mas artificioso aun el ingenio. Alguno ha habido, que pintando un rostro enojado, lo ha hecho con tanta propiedad y viveza, que pudiera él mismo temer su ira, como lo dice Sydonio Apolinar, de Vulcano con la cabeza de Medusa en el escudo de Palas. Y á veces es tanta la valentía de las palabras con que se retratan los obgetos, que podriamos decir, como se refiere en el Exódo, en la maravilla de Synai, que las voces se oían por los ojos.

Oygamos á un autor de estos últimos tiempos, cuya sublime pluma pinta los servicios de la historia á la memoria de los hombres: *Yo abro los fastos de la Historia; y de repente los muertos salen de la nada; y todos bullen, y se apiñan á mi alrededor. Que poblacion! que rumor! Los desiertos se hermocean, las antiguas ciudades vuelven á levantarse al lado de las nuevas; las generaciones amontonadas unas sobre otras salen triunfantes de las tinieblas del sepulcro; y los monumentos de su grandeza, que se salvaron del furor de los bárbaros, parece que tiemblan á su vista. Oygo la voz de Caton declarando la guerra á los vicios; miro á Bruto y á su hijo inmolados; soy testigo del suspiro de Tito, y acompaño á Scipion al capitolio. Que teatro este donde los hombres de todos los siglos y payses se hallan congregados; y alli hablan, obran, y hacen cada uno su papel sin embarazarse, ni*

confundirse! ; Qué grande y magestuosa me parece la tierra despues que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo á polo mil años despues de muertos! Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera....

Para ponderar el P. Fr. Juan Marquez el asombro y miedo que acompañan siempre á la conciencia de los malos, nos representa la imágen de aquel miedo baxo la figura de ruido, de cuchillo y de azote, en estos términos. *Todos los males los señaló la naturaleza con notas de temor ó de vergüenza. Este es aquel sonido espantoso que dice Job, que suena siempre en las orejas del tirano, y aquel cuchillo que, á qualquiera parte que vuelva el rostro, le está amenazando pesadamente. Este es aquel azote sordo que está hiriendo sin cesar el corazón del delinquente....*

Pone Cervantes en boca de D. Quixote con colores mas suaves y apacibles una pintura de la felicidad y simplicidad de la edad de oro, y dice de esta manera. *Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabaxo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazónada*

fruto. Las claras fuentes y los corrientes rios en magnífica abundancia les ofrecian sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabaxo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleytar á los hijos que entonces la poseían.

DE LOS SENTIMENTOS DEL ANIMO.

Aunque en algun autor antiguo nuestro se halla la voz *sentimiento* en la significacion de afecto, no puedo determinarme á usarla tomada puramente en este sentido absoluto; por que nunca los nuestros la han usado en singular en